

Jhesmyt Adriana Márquez Vergara

No tengo cara de librera



En escenarios tan lamentables como los de nuestra actualidad en los que prevalecen las guerras, la intolerancia, la incapacidad de sorprendernos y de ayudar, la crisis que genera la inestabilidad emocional y el acelerado ritmo de la sociedad, se hace necesario buscar alternativas para olvidarnos de todo lo que no es agradable, inventarnos otras realidades y sumergirnos en un mundo de ensueño. A eso me dedico, a ayudar a que esto sea posible.

Soy librera y no solo me limito a vender libros. No. Este oficio va más allá. Es compartir una pasión con otra persona, tratar de saber su estado de ánimo, el momento por el que está pasando y así ayudarlo a elegir una buena lectura. Siempre hay un libro para todo. Si estás deprimido, si tienes miedo, si estás pasando por una ruptura o si, por el contrario, estás en tu mejor momento, si eres curioso por personajes del pasado, o si deseas una luz divina, siempre va a haber un buen libro para ti. Estas razones han hecho que trabajar en una librería sea una experiencia sin igual.

No recuerdo el momento exacto en que tuve mi primer encuentro con un libro, pero a estas alturas puedo afirmar que ha sido de lo mejor. Visitar las estanterías con el único y metódico propósito de cerciorarme que

los libros estén perfectamente alineados y organizados en orden alfabético, o tener un clásico como *María* en las manos y pensar que, después de más de un siglo, la historia de amor de Efraín y María nos acompaña en las noches de soledad en las que desesperadamente te preguntas dónde estará esa persona que cruzará la mitad del mundo para tu encuentro.

Una de las cosas que más disfruto de la librería es el olor de los libros, ese particular olor que me transporta al pueblo, a las tardes con mis abuelos, a los días de soledad metida en una hamaca prendida de un árbol de guayaba agria leyendo *Crónica de una muerte anunciada* y *El perfume*, libros que leía una y otra vez y que tomaba prestados de la casa de mi —entonces— profesor de literatura, pues en ese tiempo no contaba con todos los libros que ahora se encuentran encima de mi nochero.

Ahora me encuentro lejos de casa, lejos de la tranquilidad de un pueblo en el que parece que las horas no pasan, en la extensa altitud de una ciudad en la que no solo su clima suele ser frío e inclemente. Ciudad que me abrió las puertas en tiempos difíciles, mientras me golpeaba en simultáneo con toda su apatía y rechazo multiétnico y multicultural. Un rechazo provocado por mi color

de piel y unos crespos voluminosos que no siempre se quieren esconder detrás de una moña y que muchas veces dejan algo de qué hablar.

Este rechazo está soportado en la concepción –afortunadamente no en términos generales–, de que si eres negro y además provienes de alguna de las dos costas –Caribe, Pacífico– tus características principales son ser bullicioso, flojo, rumbero, apático al estudio: en conclusión, unos buenos para nada. Inclusive a algunos les sorprende que trabaje en una librería y que haya leído a Miguel de Unamuno, a Poe o a Hemingway. Para ellos no tengo cara de librera, no tengo cara de tener conocimiento sobre algo, parezco ser una negra más en Bogotá que trabaja turnos largos en semana para luego irse a bailar el sábado –nada está más lejos de la realidad–.

Toda esta realidad me exhorta a reafirmar mi amor por los libros y mi inquebrantable decisión de no abandonar el conjunto de creencias, costumbres y saberes pueblerinos que me hacen ser lo que soy en la capital: una «loca» con una mata e pelo, llena de ilusiones, de exceso de confianza en los humanos, que lucha por sus sueños en el acelere de una ciudad apática. Una joven romántica que dejó en el pueblo a sus abuelos

junto con las ganas de vivir en una casa a orillas del mar, una «loca» que cree que su etnia es inmensamente hermosa, pujante, luchadora. Por todo esto hoy sostengo firmemente que no dejaré de creer en la causa de un pueblo considerado minoría, no dejaré de ser negra, no dejaré de ser Adriana, no dejaré de ser librera.



Jhesmyt Adriana Márquez Vergara

Librera y amante de las letras. Tecnóloga en Gestión Empresarial, bailarina de danza folclórica caribeña, cantadora de bullerengue en formación, feminista.